

9. CLASICISMO Y FIN DEL MUNDO ANTIGUO EN LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA MODERNA Y CONTEMPORÁNEA

JOSÉ FERNÁNDEZ UBIÑA

I. EL HUMANISMO CLASICISTA Y LOS INICIOS DE LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

AUNQUE LOS ERUDITOS de la Europa moderna idealizaron la República Romana como un mundo de valores sublimes, hasta el siglo XIX los estudios de carácter histórico versarán en su mayoría sobre la época imperial. Ello se explica por la pervivencia de la tradición romanista medieval, fuente inapreciable de información sobre el Bajo Imperio, y sobre todo por el interés de humanistas e ilustrados en esclarecer las circunstancias que rodearon su final, algo que ellos contemplaron de manera pesimista, casi sentimental, como la pérdida de su referente ideológico y cultural más próximo, convirtiéndose de este modo el declive de Roma en paradigma de cualquier momento histórico de decadencia¹. Pero el interés por los últimos avatares del Imperio despertó también la admiración hacia los pueblos bárbaros que lo vencieron y reemplazaron. En pleno Renacimiento no faltaron nobles y anticuaristas italianos, como Beato Renato, que se enorgullecían de ser descendientes de los godos y hacían suyas sus victorias frente a Roma: Erasmo observaba con cierta ironía que ello era absolutamente necesario si se pretendía ensalzar las virtudes guerreras de la Italia moderna. En todo caso, esta primera valoración positiva de las *gentes externae* se consolidó en el siglo XVII con el mito del buen salvaje, que vindicaba la obra histórica y las virtudes de los bárbaros frente a la corrupción romana de la época tardía. Años después la denuncia de los vicios de Roma y de su imperialismo opresor serviría a los

¹ Los estudios más significativos fueron los de GODEFROY (GOTHOFREDUS), *Codex Theodosianus cum perpetuis commentariis J. Gothofredi*, 1736; MONTESQUIEU: *Considérations sur les causes de la grandeur des romains et de leur décadence*, 1734, y sobre todo GIBBON E.: *History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, 1776-1787. Para una visión historiográfica más detallada, cf. MAZZARINO S.: *Storia romana e storiografia moderna*. Nápoles 1954, II ss.

historiadores nacionalistas europeos, incluyendo los italianos, para realzar el carácter liberador de las invasiones bárbaras y descubrir la esencia más pura de cada nación en los valores inmutables de sus primeros pobladores².

Que los historiadores o cronistas españoles del siglo XV en adelante no sean entusiastas del mundo clásico y que valoren positivamente la caída de Roma como la de un enemigo de los antiguos «españoles», no es por tanto un hapax en la historiografía europea, sino un tópico banal y especialmente oportuno para apuntalar las incipientes ideas nacionalistas del absolutismo monárquico. Como el resto de las naciones, los españoles remontaban sus orígenes a los descendientes de Noé que poblaron la Península Ibérica tras el Diluvio Universal, y desde entonces sus virtudes y costumbres se habrían ido puliendo al contacto con pueblos extraños (fenicios, griegos, cartagineses, romanos...), cuyas aportaciones podrían apreciarse en mayor o menor grado, pero nunca su dominación, pues se daba por supuesto que ésta sólo habría sido posible mediante el engaño o bien tras heroica resistencia de los antiguos compatriotas y a costa siempre de su libertad y de su independencia. Las circunstancias concretas de la historia medieval española favorecieron, sin embargo, las especulaciones laudatorias sobre los Godos asentados en la Península. Abilio Barbero y Marcelo Vigil³ retrotraen algunas de ellas a la historiografía alfoncina del siglo IX, interesada en presentar a su héroe como el rey designado por la divinidad para liderar la lucha contra los sarracenos y restaurar la unidad perdida del reino visigodo de Toledo, cuyo heredero y continuador era el propio Alfonso III. Se creaba así el mito de la «Reconquista» como cruzada religiosa capitaneada por el reino asturleonés, y se proyectaba al pasado visigodo el imaginario político de estos reinos, especialmente sus ideales monárquicos unitarios y sus pretensiones hegemónicas frente a los poderes diversos que entonces coexistían en la Península, cristianos unos y musulmanes otros. A partir del siglo XV el llamado goticismo es uno de los rasgos más sobresalientes de la historiografía española, tanto castellana como aragonesa o catalana, y goza de no menor aceptación en las restantes naciones de Europa, cuyas cancellerías basarán a menudo sus pretensiones políticas en los derechos históricos supuestamente adquiridos como herederos de los reyes Godos⁴. Sabido es que será Castilla quien con más éxito explote este ideario, asimilando de hecho los títulos *Rex Gothorum*, *Rex Hispaniae* y *Rex Castellae*, con el consiguiente menosprecio hacia el pasado clásico de España, según puede constatarse en escritores como Rodrigo Sánchez de Arévalo que recuperan ahora las loas isidorianas a la *nobilitas Gothorum* para reivindicar «el retorno a los ideales de una raza que había desafiado y derrotado al Imperio romano»⁵.

² MAZZARINO S.: *El fin del mundo antiguo*. México 1961, 89, 101 ss. CROCE B.: *Storia della storiografia italiana nel secolo decimonono*. Bari 1930, I, 109 ss.

³ BARBERO A. y VIGIL M.: *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*. Barcelona 1978, 232 ss.

⁴ CORTADELLA J.: «Pasado mítico y pasado histórico en diversas tradiciones historiográficas españolas». *Praectas del III Congreso Peninsular de Historia Antigua*, Vitoria 1994, I, 314-323; GONZALEZ BLANCO A.: «La 'Corona Gótica' de Saavedra Fajardo y el comienzo de la crítica histórica en este tema histórico», en *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua (siglos XVIII-XX)*. Madrid 1991, 25-29; en adelante cito abreviadamente esta obra como *Historiografía*.

⁵ Tomo la frase de GONZALEZ FERNANDEZ R.: «El mito gótico en la historiografía del siglo XV». *Antigüedad y Cristianismo III*, 1986, 289-300, p. 293. Cf. además CASTRO A.: *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*. Barcelona 1983 (original de 1948), 26 ss.

Aunque el mito de los Godos se mantuvo entre los cronistas de los siglos XVI y XVII, el interés prioritario de éstos fue desvelar los orígenes más remotos de la nación recién unificada, exaltar la nobleza y cualidades militares de «los primeros españoles» y elaborar una historia acorde con la grandeza de los tiempos presentes, sin reparo alguno en compensar su desconocimiento del pasado con leyendas y relatos fabulosos, engolfándose así, en palabras de Jerónimo de Zurita, «por un muy gran desierto y arenoso»⁶. Florián de Ocampo (c.1490-1558) es el primer gran cronista de la época moderna, pero su obra sólo llega hasta la muerte de los Escipiones (210 a.C.) y es por eso su continuador, el cordobés Ambrosio de Morales (1513-1591), el primero en describir toda la edad antigua peninsular en su *Crónica General de España*. Las ideas de ambos debieron ser bastante similares en su valoración de la antigüedad española. En el Prólogo que dirigió a Carlos V, Ocampo le expresa su intención de narrar ante todo los 800 años de lucha contra los árabes —«la mayor contienda que se halla desde que el mundo se crió»— y «mezclado con esto» promete tratar otras cosas de interés como «la relación de las parentelas y linages que sabemos en España». Ésta vive en el presente su época de mancebía, que le permite «mandar a todos los que primero la mandaron», habiendo superado por tanto la fase de «niñez» o «inocencia y simplicidad» y la fase de «mocedad», «donde siempre estuvo en la obediencia y administración de otras gentes, como de ayos adiestradores suyos, quales fueron los Romanos y los Godos, y las otras naciones primero declaradas, que la pusieron en la buena manera de vivir que después tuvo»⁷.

Ambrosio de Morales dice con razón que los Españoles no tienen «quasi historia ninguna de las cosas antiguas, que acá sucedieron, en tiempos que los Romanos la conquistaron, señorearon y perdieron», carencia que él atribuye a que los españoles de entonces vivían absortos en sus luchas contra los moros y «más cuidado tenían de la guerra que de la historia»⁸. Por eso se jacta de ser el primero en contar con verdad y certidumbre los hechos de aquella época, el sitio y nombre antiguo de sus ciudades y lugares, para que «se conozcan todos los Santos sus naturales, o que vinieron a ella, y los hombres señalados que en ella hubo, y los que fueron señores della, y la gobernación». Su ideario histórico es, pues, de similar carácter nobiliario, desinteresado por cosa alguna de la antigüedad que no sea la supuesta grandeza de los españoles: de haber escrito éstos alguna Historia —afirma—, ahora «entendiéramos en particular de la nobleza y linages principales de entonces, y de los hombres señalados que en ellos hubo, y los señoríos que tuvieron, y de los grandes hechos que entre ellos

⁶ En SANCHEZ ALONSO B.: *Historia de la historiografía española* I. Madrid 1941, 33.

⁷ Florián de OCAMPO: *Crónica General de España* que continuaba Ambrosio de MORALES, Edición de Benito Cano, 10 vols. Madrid 1791, vol. I, pp. XIV y XX. En el Prólogo del editor se define bien la mentalidad y los contenidos de esta Crónica: «como su edad se resentía aun de las historias caballerescas que la habían precedido, corrían en ella con mucho aprecio aquellas narraciones que oían al heroísmo, y se estimaban aquellos orígenes que perdiéndose en las tinieblas del tiempo, suponían un cierto ayre de divinos: esto era lo que agradaba, y esto era lo que Ocampo quería (a pesar suyo) autorizar» (42-3).

⁸ Al continuar la obra de Ocampo, que constaba de cinco tomos, Morales inicia su *Crónica* en el volumen VI. Las palabras citadas pertenecen a su *Prólogo*, pp. III y IV. Seguimos la edición antes mencionada de 1791, en la que la obra de Ocampo cubre los vols. I y II, y la de Morales los 8 restantes.

y entre los pueblos unos con otros pasaron»⁹. Entre sus esporádicos destellos críticos destaca su frecuente utilización de monedas e inscripciones (aunque advierte que muchas «piedras» son falsas) y su censura de quienes confunden los dominios de la España moderna con la España antigua (error en el que cayó Ocampo, precisa). Pero su patriotismo le lleva igualmente a subrayar la evidente parcialidad de las fuentes: «no es Historia de las cosas de España la que aquí se comienza, sino de las cosas que los Romanos en ella hicieron, sacada de sus Autores, que solos las cuentan», si bien historiadores «Romanos», como Tito Livio y Apiano, no dudaron en reconocer las hazañas de los «Españoles» y «cuentan a boca llena las batallas que les vencimos, los capitanes que les matamos, las ignominias con que algunas veces se nos rindieron, y los desafueros y agravios, que otros nos hicieron»¹⁰. Todo ello lo escribirá Morales «sin conjeturas» ni «hinchendo de palabras los hechos», aunque los progresos de la Fe y de la Iglesia serán tratados con la debida devoción, pues sus fines son más altos que los de la historia¹¹. Su interés por España y los Españoles es tan excluyente que, tras dedicar apenas una página al fin de Roma, pide disculpas al lector por semejante digresión...¹²

Su dedicación a múltiples tareas religiosas y literarias y su gusto por el detalle en tantas batallas heroicas y linajes nobles impidieron a Morales completar su *Crónica*, dejándola inacabada en el reinado de Vermudo III el año 1037. La carencia de una historia de España realmente «nacional», sin dependencias de los «linajes» ilustres de sus diversos Reinos, como hicieron Ocampo y Morales, ni circunscrita a ninguno de ellos, como hizo Jerónimo de Zurita (1512-1580) en sus célebres *Anales de la Corona de Aragón*, era ya tan notoria en el siglo XVI que llegó a herir el orgullo de los eruditos españoles. De hecho el propio Morales confiesa que decidió escribir su *Crónica* cuando en 1560 oyó a unos embajadores italianos culpar a los españoles de no haber hecho historia de sus antigüedades y sucesos¹³. El P. Mariana colmó al fin esta laguna con un relato histórico que se extendía desde los orígenes hasta 1516 y donde se concebía España como una realidad unitaria y eterna. Pero ello no suponía ningún avance teórico, pues él entendía la unidad en su sentido religioso, como la gran hazaña de los cristianísimos reyes castellanos, y aceptó además de muy buena gana las más rancias fábulas de la historiografía tradicional y sus concepciones piadosas sobre el mundo antiguo¹⁴.

⁹ *Ibid.* XII, XXII.

¹⁰ *Ibid.* XI y XII.

¹¹ Morales dedica el Prólogo del Libro IX (=vol. IV, pp. 283 ss.) a exponer sus criterios sobre cómo debe narrarse y valorarse la historia el Cristianismo.

¹² *Ibid.* Libro XI, cap. XXXVII.

¹³ *Ibid.* Prólogo, VII. Todavía a inicios del siglo XVII, Luis Cabeza de Córdoba, cronista de Felipe II, propugna en su tratado *De Historia, para entenderla y escribirla* (1611), los viejos postulados de la historiografía aristocrática: «las Historias —afirma— están por cuenta y a cargo de los Príncipes» y por eso «deuen los Príncipes no tener mal satisfechos a los historiadores, porque su pluma entierra vivos y desentierra muertos» (en SANCHEZ ALONSO B., *Op.cit.* II, 165).

¹⁴ En su *Historia General de España* (1ª ed. en latín de 1592. La versión castellana, realizada por el propio autor, en 30 tomos, es de 1601) Mariana hacía suya la máxima de Quinto Curcio: *plura transcribo quam credo*, exigiéndose apenas un mínimo grado de verosimilitud. Sigo la edición en 10 vols. publicada en Madrid el año 1794. Una edición muy abreviada, con estudio y notas de M. Ballester, ha conocido varias reimpresiones (utilizo la de Zaragoza, 1972).

2. LA CAÍDA DE ROMA EN LA HISTORIOGRAFÍA ILUSTRADA

A finales del siglo XVII e inicios del XVIII se van imponiendo en Europa una corriente de racionalización cultural que supondría una renovación total de los estudios históricos. En lugar de las hazañas nobiliarias y de la exaltación piadosa de los santos, temas predilectos de la historiografía feudal, se postula una nueva temática de estudio y un nuevo sujeto histórico: la sociedad civil en todas sus manifestaciones (economía, ciencia, artes...) y en su incesante evolución o «adelantamiento perfeccionador». Son los campos en los que se reconocen como protagonistas los mismos que se interesan ahora por escribir historias: no ya los cronistas palaciegos o eclesiásticos, sino los grupos más dinámicos de la burguesía que encuentran en el incesante progreso de la humanidad la mejor justificación para sus programas de reforma cultural y de renovación de la vida pública. A este fin se desvelan las falsedades de las leyendas en las que se reconocían los valedores del Antiguo Régimen y se implanta como criterio irrenunciable la veracidad de los hechos y de sus fuentes. Su objetivo era encontrar en el pasado un conocimiento preciso del hombre y de sus comunidades, del mismo modo que la ciencia lo ofrecía de los hechos naturales, con el propósito de mejorarlo mediante la educación. La incipiente concepción de la historia como «ciencia de las naciones» adelanta un rasgo distintivo del futuro historicismo romántico (con su predilección por la historia de los pueblos y de los Estados), pero en los ilustrados predomina todavía el objetivo cultural, la preocupación por conocer los tiempos remotos en los que se forjó el *volksgeist* o espíritu nacional, sus virtudes y sus vicios, para así poder enderezar su desarrollo, civilizar sus costumbres, superar el decaimiento presente...¹⁵

Estas nuevas actitudes son de algún modo apreciables en los ilustrados españoles que se interesaron por la Antigüedad, pero ninguno de ellos logró elaborar una obra realmente innovadora, equiparable a la de sus colegas europeos, ni tampoco se alumbrió entonces una concepción del clasicismo como referente modernizador frente a los tópicos irracionales de las crónicas medievales: todavía a finales del siglo XVIII, J.P.Forner valora la influencia de griegos y romanos en la península con criterios tan negativos como los tradicionalmente aplicados a la invasión musulmana. Y en consonancia con la historiografía medieval atribuye a los Godos la etapa más gloriosa de los tiempos antiguos, pues a ellos se debería la primera y paradigmática unificación monárquica, territorial, legislativa y religiosa de España¹⁶. Es cierto que unos años antes los hermanos Mohedano, impulsados tanto por su espíritu franciscano como por su ilustrado interés en escribir una historia «crítica, seguida y metódica», se propusieron demostrar las virtudes de sus compatriotas, su capacidad para las ciencias y la consiguiente falsedad de cuantos vicios se les atribuye. Su *Historia Literaria de*

¹⁵ MARAVALL J.A.: «Mentalidad burguesa e idea de la historia en el siglo XVIII». *Revista de Occidente* 36 (1972), 250-286, esp. 272 ss.

¹⁶ El *Discurso sobre el modo de escribir y mejorar la historia de España* (1792) ha sido recientemente reeditado con prólogo y notas por F. López (Barcelona 1973). A F. López se debe también la tesis doctoral *Juan Pablo Forner et la crise de la conscience espagnole au XVIIIe siècle* (Lille 1977). Cf. además WULFF F.: «La Historia Antigua en el ocaso del mundo ilustrado. Notas sobre el discurso sobre el modo de escribir y mejorar la Historia de España de J.P.Forner», *Praectas del III Congreso Peninsular de Historia Antigua*. Vitoria 1994, I, 324-331.

España (1766-91) expone cómo el espíritu español se enriqueció a lo largo de los siglos al contacto con otros pueblos, especialmente con los fenicios (creando entonces los españoles una de las civilizaciones más avanzadas de la historia), y más tarde con los griegos, cartagineses y romanos. Pero su visión providencialista les lleva igualmente a acentuar la corrupción de los últimos tiempos de Roma y a destacar como misión principal de la misma el establecimiento de la paz y de la unidad imperial que facilitará la venida de Cristo y la propagación de su doctrina. Con estos presupuestos teológicos, a los que cabe añadir su concepción de los pueblos como individuos que crecen en sabiduría pero que también se corrompen con el poder y las riquezas mundanas, no cabía esperar una contemplación nostálgica del mundo clásico como referencia histórica especialmente digna de estudio e imitación. En realidad, el valor mayor que la ilustración española descubrió en la antigüedad —y no especialmente en la clásica, sino en la fenicia— fue la constatación de que hubo un tiempo lejano en el que España tuvo una civilización modélica, superior a la de sus coetáneos y digna de ser recordada como estímulo para el presente¹⁷.

El historiador más representativo de esta época es el jesuita catalán J.F. Masdeu (1744-1817), que escribió una *Historia crítica de España*¹⁸ con el fin de corregir la imagen negativa que tenía su país en el exterior y refutar las calumnias que sobre él solían verter los extranjeros, especialmente los franceses. Por eso escribe su obra en italiano y con un prólogo dirigido a los letrados de esta nación en la que él pasaría 46 años de exilio tras la expulsión de los jesuitas de España. Poco han cambiado las cosas en este aspecto desde que el P. Mariana escribiera su *Historia General de España* en latín (1592) para que así pudiera ser leída por toda persona culta y rebatidos los prejuicios antiespañoles que la leyenda negra había extendido por toda Europa. En el siglo XVIII este descrédito exterior parece sentirse incluso más dolorosamente: si Mariana, en el Prólogo que dirigió a Felipe III, justificaba su libro por el deseo de entender las cosas de España y «los principios y medios por donde se encaminó a la grandeza que hoy tiene», Masdeu escribe desde su destierro con acendrado espíritu nacionalista para probar los méritos alcanzados por la cultura española en el pasado, con la significativa excepción del siglo XVII, dando por supuesto que España y el «genio español», por encima de diferencias regionales, era una realidad que existía desde siempre y para siempre¹⁹. Así se explica su percepción ambivalente de los invasores extranjeros: los fenicios fueron «el pueblo de los hombres más cultos y memorables de la antigüedad» y al contacto con ellos «derivó toda la instrucción española», pero también los repudia como responsables, junto a griegos y cartagineses, de la implantación del paganismo entre la población indígena, inocente e incontaminada, de la Península Ibérica²⁰. Los

¹⁷ WULFF F. y CRUZ ANDREOTTI G.: «On Ancient History and Enlightenment: Two Spanish Histories of the XVIII Century». *Storia della Storiografia* 23 (1993), 75-94.

¹⁸ MASDEU J.F.: *Historia crítica de España y de la cultura española*. 15 vols. y 5 suplementos, Madrid 1783 ss.

¹⁹ Su tomo Preliminar se subtitula «Discurso histórico filosófico sobre el clima de España, el genio y el ingenio de los españoles para la industria y literatura, su carácter político y moral». Cf. MANTELLI R.: «Nationalism, Xenophobia and Catalism in the Writings of an Enlightenment Catholic Historian: J.F.Masdeu (1744-1817)». *Analecta Sacra Tarraconense* 55-56 (1982), 209-260.

²⁰ *Ibid.* tomo VI, Prólogo y tomo I,2.

romanos son si cabe peor considerados, a pesar de que algunos historiadores españoles los han venerado en exceso, pues actuaron cruel y ambiciosamente en España durante varios siglos, redujeron sus habitantes a la servidumbre y no trajeron al fin sino un profundo decaimiento económico que hace recordar el de su propio tiempo: en el capítulo CIII del tomo VIII, elocuentemente titulado «Comercio destruido en España por los Romanos», escribe: «el gobierno Romano por la natural aversión que tenía a todo género de industria, en vez de levantar y proteger a nuestros industriosos nacionales, los desanimaba comunmente y envilecía con vergonzoso desprecio, y reduxo, finalmente, con esta mala política a tan deplorable estado nuestros emporios de comercio, que en el cuarto siglo de la Iglesia, según las descripciones de Rufo Festo Avieno que vivía por aquellos tiempos, ya no se asemejaban a sí mismos, por más que los Españoles se industriasen aun entonces mas que todos los otros Europeos»²¹. Fue precisamente la caída del Imperio Romano de Occidente lo que permitió a Eurico forjar por vez primera la unidad nacional el año 469. Consecuentemente, su juicio sobre los visigodos no podía ser más elogioso: ellos fueron los libertadores del yugo romano y los artífices de una legislación ejemplar (que aseguró el predominio de la monarquía sobre la Iglesia) y por supuesto de la unificación política, cultural y religiosa de España. Y de ahí la calamidad que supuso a sus ojos la invasión musulmana, pues trajo una religión diferente y rompió la unidad recién conseguida. No sorprende por tanto que ponga fin a su tomo XI, dedicado a la historia de los Godos en España, reafirmando que «es un espejo clarísimo en que pueden desengañarse muchos sabios modernos, que juzgan sepultado baxo las ruinas del Imperio de occidente toda la cultura Europea».

En Masdeu se encarnaron algunas de las mejores virtudes de la Ilustración, como el menosprecio de los relatos fantasiosos, la referencia constante a las fuentes y el sentido crítico de sus juicios histórico, que hasta tomó cuerpo en el título de su obra: «Mi propósito —afirma— es de escribir una *Historia crítica*, que no sólo cuente los hechos, sino que exponga también los fundamentos, y las razones», pues «sé que vivo en un siglo filosófico, en que al contrario de los pasados se ha substituido la razón a la autoridad» (Tomo I,1, p. VI). Si a pesar de tan razonables principios asumió diversos tópicos legendarios de la tradición historiográfica española, quizá debiésemos exculparlo de algún modo por las estremecedoras contradicciones en que llevó a cabo su trabajo: nacionalista y xenófobo, vivió lo mejor de su vida en el exilio y hubo de soportar además la incomprensión de muchos de sus compatriotas que lo tacharon de «loco, herege, diablo y cohechado», acusaciones que él mismo rebate en los Suplementos al Tomo XVIII. De hecho, los sectores más conservadores de España, incluyendo a quienes reconocieron sus méritos históricos, como Menéndez y Pelayo, siempre le reprocharían su hipercriticismo y sus interpretaciones escandalosas para la mentalidad dominante de su tiempo²², en contraste con el alto reconocimiento científico, oficial y social, del que gozaron por el contrario los estudiosos europeos como Montesquieu y Gibbon con los que polemizó Masdeu desde su Italia natal. Así pues, el carácter progresista e innovador de

²¹ *Ibid.* p. 147. Cf. Tomo II,1, p. VII.

²² SANCHEZ ALONSO B.: *Historia de la historiografía española* III. Madrid 1950, 189 ss.

muchas de sus observaciones sobre la historia civil y eclesiástica de España se mezcla a menudo en su obra con apreciaciones de tinte piadoso que fueron igualmente censuradas por algunos de sus coetáneos. Que se trataba de limitaciones de orden más epistemológico y social que personal, fruto natural de su educación teológica y de la persistente vitalidad de la tradiciones historiográficas del Antiguo Régimen, quizá pueda corroborarse por el hecho de que también encontramos contradicciones similares en su coetáneo Enrique Flórez (1727-1781), cuya monumental, aunque inacabada, *Historia Sagrada* supuso un avance extraordinario en el entendimiento de la historia eclesiástica española gracias a su meticulosa recopilación de las fuentes más fiables y a la depuración del material espurio. Pero tampoco este erudito agustino se decidió a rechazar algunos de los mitos más arraigados en la memoria colectiva española y que, por eso mismo, según ya denunciara Altamira, «cubrían con su sombra intereses considerables» de la Iglesia y del Estado, como las leyendas sobre la Virgen del Pilar, la venida de Santiago a España o las hagiografías de los primeros mártires²³.

Es en este entramado de contradicciones donde cabe entender hoy la interpretación de Masdeu sobre el final de Roma, tema al que dedicó algunas páginas de sus tomos VII y X. La causa próxima de este singular acontecimiento fue, a su juicio, la ambición e infidelidad de Rufino y Estilicón, «el primero francés y el segundo vándalo»²⁴, pues ambos propiciaron la invasión de pueblos extranjeros. El desastre se inició de manera repentina, según las palabras con que abre el tomo X: «La Monarquía Romana, Señora de casi todo el mundo, comenzó a declinar miserablemente, quando estaba más soberbia por su pujanza, y menos temía de su propia ruina». Pero advierte enseguida que, junto a los malos gobernantes de los siglos IV y V, «son todavía más hondas y menos conocidas las primeras causas originales de la caída de Roma; y como es de mucho provecho el averiguarlas para la común enseñanza de nuestros tiempos y de los venideros, las examinaré de propósito en las Ilustraciones, donde se verá que las raíces de todo el mal fueron tres: *la falta de unidad en la religión, la corrupción de las costumbres, y el abandono de las ciencias y bellas artes*»²⁵. Y a ello dedica en efecto la Ilustración I (pp. 227-236), en la que refuta las tesis de Montesquieu y Gibbon y les niega además el calificativo de «filósofos», pues lo único que hacen es «ensangrentarse solapadamente contra la religión inmaculada de Jesu-Christo, o bien echar proposiciones generales y misteriosas, que de nada sirven al intento», como atribuir la caída de Roma al propio peso de su extraordinaria grandeza o a la inestabilidad de todo lo humano:

²³ ALTAMIRA R.: *Historia de España y de la civilización española*. Barcelona 1913-14, vol. IV, p. 373. Ya en 1744 el Consejo presidido por el obispo de Málaga había prohibido el prefacio de Gregorio Mayáns y Siscar, *Censura de historia falsas*, a las obras de Mondéjar «en atención a que destruía muchas leyendas de santos, prelados y capillas...» (371).

²⁴ *Ibid.*, Tomo VII, cap. CLXXXV. La visión negativa del Imperio Romano, concebido como modelo histórico del napoleónico, fue muy común entre los historiadores de los países que cayeron entonces bajo dominación francesa, como fue el caso de Italia y de España. Cf. a este respecto MASCIOLO F.: «Anti-Roman and Pro-Italic Sentiment in Italian Historiography». *Romanic Review*, 33 (1942), 366-384, esp. 380, y WULFF F.: «Historiografía ilustrada en España e Historia Antigua. De los orígenes al ocaso», en *La Antigüedad como argumento II. Historiografía de arqueología e historia antigua en Andalucía*. Sevilla 1995, 135-152, esp. 151-2.

²⁵ *Ibid.* p. 2. Las «Ilustraciones» son digresiones situadas al final de cada volumen, a manera de apéndices, donde se tratan en detalle temas que de otro modo romperían la fluidez del relato.

«Todo esto son metáforas y generalidades inútiles» que «no nos declaran los motivos o causas» (p. 227).

Pero tampoco Masdeu logrará salir de unas generalizaciones que, en su caso, reflejan además el pesado lastre de sus prejuicios teológicos. La falta de unidad, por ejemplo, la entiende en un sentido estrictamente religioso: «Desde Octavio Augusto hasta Constantino, la religión dominante fue la gentilicia, pero siempre una», aunque hubiese más o menos tolerancia en algunos momentos hacia judíos y cristianos. Constantino «entró a dominar la religión de Jesu-Christo en lugar de la falsa de los Gentiles; y desde entonces se vio más claramente, que la conservación y felicidad del Estado depende en mucha parte de la unidad en la religión» (*Ibid.* 228). De aquí deriva la fortaleza del Imperio bajo Constantino y Teodosio —a quien alaba como «príncipe intolerante de toda secta»—, y la debilidad bajo Constancio, Juliano, Valente, Rufino y Estilicón, cuando abundaron las herejías: «En suma —concluye en la p. 229— la unidad de religión lo conservó cinco siglos, y solos 50 años de tolerancia bastaron para arruinarlo: estos son hechos históricos, e incontrastables», que a su juicio derrumban las tesis de Gibbon sobre la política tolerante de Roma en materia religiosa. Reproches similares lanza contra Montesquieu por afirmar éste que «el Imperio Romano se mantuvo gracias al favor que dio a todo género de culto, y se acabó de destruir con las guerras que hizo a las diferentes sectas de Religión». Todo esto, dice Masdeu, son «engaños del filósofo maligno y superficial. Y la experiencia nos ha enseñado mil veces aun en nuestros días, que mejor se conserva un Reyno católico, y de una sola fe, que un estado de muchas religiones» (p. 230).

Sus consideraciones sobre la ignorancia como causa del declive romano están lógicamente más en consonancia con el ideario ilustrado europeo. Él cree constatar, basándose principalmente en Amiano (14,16), que «como subían y baxaban las ciencias y las bellas artes, así fue subiendo y baxando la felicidad del Imperio», poniendo como ejemplo el esplendor imperial bajo Trajano y la caída precipitada con Galieno, «el más ignorante de todos los Emperadores y el mayor enemigo de los hombres sabios»: «La época por fin de la mayor ignorancia de Roma fue la misma cabalmente, en que se comenzó y acabó su destrucción, desde la mitad del siglo quarto hasta la mitad del quinto» (p. 231). Y en fin, también en este capítulo de Amiano encuentra Masdeu el principal testimonio sobre la tercera causa de la caída de Roma, si bien la corrupción generalizada (lujuria, robos, juego, deshonestidad y vicios de todo tipo) es ratificada por otros autores antiguos y modernos. Así pues, concluye (p. 236), «la religión, la cultura y la honestidad son los medios más eficaces para conservar un Reyno; y al contrario la impiedad, la ignorancia y la perversión son los caminos que toma la malicia para destruirlo».

Puesto que en semejante molición se entiende el declive de Roma y en España ésta no fue sino un poder extraño, opresor y retardatario, Masdeu carece de los sentimientos nostálgicos con que sus colegas europeos contemplaban el pasado clásico ni mucho menos comparte sus ideas laicistas y antifeudales. Por esta razón, su criticismo acabó ahogado en los presupuestos teológicos y goticistas de la historiografía española, que veía el final de Roma como una liberación. Es imposible saber si él mismo fue consciente de ello y de que su indagación histórica había dado a la postre unos frutos insatisfactorios. Pero hay un

hábito de pesimismo y frustración en las palabras que estampó en el Prólogo del tomo XVI, el primero que escribe como Suplemento, donde reconoce con pesadumbre que morirá sin ver acabada su obra, pues no quiere finalizarla precipitadamente «con superficialidad y descuido. Vendrán otros —prosigue— después de mí más profundos y más ilustrados, que trabajarán con mejor fortuna y más gloria, y conseguirán en sus tiempos lo que yo no pude en los míos». La realidad fue, sin embargo, que hasta mediados del siglo xx los estudios sobre la antigüedad clásica y el fin del mundo antiguo seguirán girando en torno a los mismos tópicos historiográficos, aunque ahora recibirán un tratamiento metodológico y terminológico más acorde con las necesidades ideológicas —laicistas y nacionalistas— de la cada vez más influyente burguesía española.

3. EL NACIONALISMO DECIMONÓNICO Y LA RECUPERACIÓN DE MITO GÓTICO

Las revoluciones burguesas del siglo XIX implantaron en Europa un sistema de producción capitalista que inicialmente se articuló en una concepción nueva de la nación como mercado y Estado constitucional. Los cambios respecto al Antiguo Régimen feudal no fueron, pues, exclusivamente económicos, sino también de orden político e ideológico, de modo tal que la burguesía triunfante imponía sus criterios productivos pero asumía también la dirección cultural y moral de la sociedad, como gustaba precisar a Gramsci. A este fin responde la renovación de la ideología nacionalista, que ahora definirá a los ciudadanos no por su rango estamental sino por su vinculación a una patria determinada y hasta los identificará psicológicamente con los rasgos supuestamente connaturales y eternos de cada nación. Esta sacralización de la identidad y vínculos nacionales propició una súbita dignificación del oficio del historiador, a quien competará descubrir y definir las raíces y el desarrollo de tan gloriosa realidad personal y social. El siglo XIX es en este sentido el siglo de la Historia, es decir, del historiador como funcionario del Estado al servicio de los ideales políticos burgueses. Una época, por tanto, de institucionalización del saber histórico en Institutos y Universidades estatales y otros centros de difusión cultural (Archivos, Bibliotecas, Museos...) con una dimensión patriótica tan acentuada que llega a producirse una auténtica nacionalización del pasado en cuanto patrimonio que define y pertenece a todos sus conciudadanos²⁶: frente a los viejos cronistas de corte o curia, interesados en narrar vidas y hazañas de nobles y de santos, los nuevos profesionales de la Historia son profesores que, de manera prioritaria, escriben e ilustran a todos sus compatriotas sobre los orígenes y avatares del Estado, de sus tradiciones y de sus instituciones cívicas. El pueblo y el régimen constitucional se convierten así en el sujeto y en el objeto privilegiado de la Historia. De ahí la primacía de la historia jurídico-institucional y la necesidad de definirla con conceptos nuevos, como soberanía nacional, conquistas legales, conflictividad social, justicia o libertad²⁷.

²⁶ CIRUJANO P., ELORRIAGA T. y PÉREZ J.S.: *Historiografía y nacionalismo español (1834-1868)*. Madrid 1985, 20, 72-73.

²⁷ Este ideario tenía antecedentes ilustrados, como prueba el título que dio Jovellanos a su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia (1780): *La necesidad de unir al estudio de la historia el de la legislación*.

Aunque los desfases de la historiografía española del siglo XVIII podrían relativizarse a tenor del subdesarrollo cultural predominante en toda Europa (como ilustran los comentarios satíricos de Gibbon sobre la ignorancia y ociosidad que campeaban entre el profesorado de Oxford y Cambridge y el estudiantado de diversos países continentales²⁸), el retraso no hará sino acentuarse en el siglo siguiente e imposibilitará la recuperación de nuestra historiografía hasta tiempos muy recientes. El desinterés oficial y popular por nuestro pasado era todavía proverbial en los albores del siglo XIX. Ruinas históricas, como las de Itálica, eran explotadas para la construcción de caminos y diques con el beneplácito de las autoridades competentes²⁹, y apenas corrieron mejor suerte las instituciones educativas: en lo que afecta a la Antigüedad, materias como la Arqueología, Numismática y Epigrafía sólo se impartían en la Escuela de Diplomática (1856-1900), donde se formaba el recién creado cuerpo facultativo de Bibliotecarios, Archiveros y Anticuarios, responsable de la recuperación y organización de las antigüedades y del patrimonio artístico y literario nacional. La investigación histórica y su difusión escrita no fue por tanto competencia de las Universidades ni de historiadores en sentido estricto, sino de ilustres autodidactas (por lo general letrados y profesionales liberales) y de Instituciones privadas o públicas como los Ateneos, las Academias de Historia y los Museos Arqueológicos³⁰. Se explica así que todavía a mediados del siglo XIX la historia de España de mayor difusión sea la escrita por el P. Mariana en la «atmósfera de hierro y pólvora» de finales del XVI y desde entonces constantemente reeditada con actualizaciones de escaso mérito³¹. De hecho gozan de mayor aprecio las historias de nuestro país escritas por autores extranjeros y traducidas al castellano, circunstancia que refleja bien el retraso cultural de España y sus dependencias —no sólo culturales— de algunos países europeos. En este contexto debe valorarse la *Historia General de España* en 30 vols. que publicó en 1850-1867 Modesto Lafuente, sin duda la obra histórica más importante del siglo y de influencia extraordinaria, académica y social, en las generaciones siguientes.

De acuerdo con los principios de la historiografía burguesa, que él conocía en profundidad, Lafuente pretende difundir entre sus compatriotas, sobre todo entre las clases medias, la conciencia y el orgullo de pertenecer a España, sus imperecederos valores históricos, la unidad y madurez política alcanzada bajo la Monarquía constitucional de Isabel II. Por eso su *Historia* se vertebra en

²⁸ GIBBON E.: *Autobiografía*. Buenos Aires 1949, esp. 40 ss.

²⁹ RODRIGUEZ J.M.: «Sinopsis historiográfica del anfiteatro de Itálica». *Historiografía*, 91-94.

³⁰ Precisamente con ocasión de la fundación en 1867 del Museo Arqueológico Nacional, el erudito F.M. Tubino propagaba en la *Revista de Bellas Artes* un diagnóstico desolador de la cultura española del momento: «El atraso intelectual de nuestro pueblo, la falta de ilustración tan ostensible en las clases acomodadas, el indiferentismo que sobre los temas científicos acarrea necesariamente el movimiento político de un país que atraviesa una crisis social de inmensas proporciones, son antecedentes que explican el abandono en que durante muchos años han estado entre nosotros aquellos ramos de la cultura del espíritu que se refieren a las bellas artes y a la arqueología...» (En RUEDA G.: «Francisco María Tubino (1833-1888) y la Revista de Bellas Artes (1866-1868)». *Historiografía*, 59-63, p. 63).

³¹ Por esas fechas A. Alcalá Galiano sólo puede alabar en Mariana «las altas prendas de su estilo y dicción (...) que entre españoles disculpan de graves yerros» (*Historia de España... redactada y anotada con arreglo a lo que escribió en inglés el Dr. Dunham*, Madrid 1844, vol. I, 137).

torno al proceso formativo de la nación española, con especial detenimiento en las circunstancias que rodearon su nacimiento y que favorecieron o retrasaron su consolidación. Como era de esperar, Lafuente debe recuperar el mito gótico, pues si bien la unión de celtas e iberos es el acto fundacional de España, su unidad territorial, legislativa y religiosa sólo se alcanzaría con los reyes godos. En este planteamiento no cabía evidentemente añoranza alguna de Roma ni lamentaciones por su final, como se lamentará luego por la pérdida de la independencia española a manos de los invasores musulmanes. Lafuente trata, sin embargo, de forma novedosa y típicamente burguesa estos viejos tópicos historiográficos, pues no busca la exaltación despechada de la cultura propia frente a los ataques externos, sino mostrar los difíciles caminos por los que la Nación, entendida como Estado unitario, forjó sus instituciones: por designio de la Providencia «España irá recogiendo de cada dominación y de cada edad los principios que han de ir perfeccionando su organización»³². De aquí su juicio negativo sobre los pueblos que nada aportaron al enriquecimiento de la vida cívica española, en especial de los cartagineses, y su alta valoración de la paz octaviana no sólo por recomponer la unidad de España sino por los beneficios políticos que le reportó (leyes, libertad y participación ciudadana, espíritu cívico y urbano...) aun a costa de su independencia. El fin mismo de la dominación romana se explica con los rancios argumentos de la historiografía tradicional (inercia, molición, «ignominia del Imperio más poderoso que ha conocido el orbe»...), pero también con los criterios más novedosos de las diferencias sociales del Imperio Tardío, la ausencia de una «clase media» o el enfrentamiento con el Cristianismo en el que se encarnaba ahora el verdadero espíritu unitario y el progreso social de sus propuestas antiesclavistas. Los Godos serán los instauradores de estas innovaciones sociales, políticas y religiosas, los fundadores por tanto de una nueva España vertebrada por la unidad en todos los ámbitos de la convivencia nacional y por un «sentimiento de la libertad individual, desconocido en las antiguas sociedades, y que será el elemento principal de progreso en las sociedades que van a nacer»: «Espíritu legislativo y espíritu religioso, he aquí los dos principios, las dos bases de la nueva civilización» (*Ibid.* VII y IX). Pero llegará un día en que estos principios se olviden, en que resurjan los viejos demonios de la desunión entre los españoles y de la corrupción entre sus dirigentes. Y entonces la mano de Dios impondrá el severo correctivo de las invasiones sarracenas que servirán a la par como revulsivo para que un puñado de españoles auténticos inicien en Covadonga la «generosa cruzada» por los valores patrióticos y religiosos perdidos.

Consciente de sus resonancias modernizantes, Lafuente advierte al lector que su historia, aunque basada en «los principios eternos de religión, de moral y de justicia», no habría podido publicarse veinte años atrás³³. Naturalmente sus juicios sobre las instituciones o los monarcas más recientes evidencian con especial claridad este propósito aleccionador para su propia época (valoración

³² Vol. I, p. XI (sigo la edición titulada *Historia general de España desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII*. Continuada desde dicha época hasta nuestros días por D. Juan Valera, 6 vols. Barcelona 1877).

³³ *Ibid.* XLVI. Con igual razón precisa Lafuente que Masdeu y otros historiadores de aquel tiempo carecieron a veces de «filosofía y luz crítica» porque todavía «escribían a la vista de la recelosa y asustadiza Inquisición» (XXXVI).

poco entusiasta del reinado de Carlos V por su menosprecio de las Cortes y su política imperialista, elogios de Carlos III, denuncia abierta de la Inquisición y defensa del laicismo...), pero la misma perspectiva puede apreciarse en sus análisis de la Antigüedad y en concreto de la dominación romana y de la decadencia de la monarquía visigoda. El providencialismo de Lafuente no puede evitar en este último caso una curiosa paradoja, pues el mayor mal que acierta a ver en esta gloriosa monarquía fue su carácter electoral que la hizo humillarse ante el poder teocrático de los concilios, «asambleas semi-religiosas, semi-políticas, a que venían a subordinarse todos los poderes del estado « de manera tal que «la vieja espada gótica iba a ocultarse bajo los capisayos episcopales, y el antiguo instinto guerrero de la raza indogermánica desapareció bajo la influencia sacerdotal». El «genio de la Inquisición» —escribe más adelante— empieza a percibirse en esta época, convirtiéndose el Cristianismo en algo intolerable por culpa del fanatismo de príncipes y clérigos (pp. IX y X). Sólo ahora, tras subrayar estos factores institucionales y modernizantes, recuerda Lafuente los manidos tópicos de las divisiones internas y de la molicie, de la repugnancia ibera a la unidad y su tendencia al aislacionismo. No era condescendencia ante los sectores más reaccionarios de España, sino preocupación por la suerte de las libertades que él tanto aprecia y teme perder: «Las mismas causas, los mismos vicios de carácter y de organización traerán en tiempos posteriores la ruina de España, o la pondrán al borde de su pérdida» (p. IV).

Las ideas históricas de Lafuente han sido a veces objeto de dura crítica: «no suponen un avance ni en términos metodológicos, ni en términos de ámbito de interés, ni en resultados con respecto al siglo XVIII», afirmaba recientemente el profesor Wulff³⁴. Es un juicio quizá injusto en cuanto no valora debidamente su especial preocupación por la temática político-institucional (como el propio Wulff ha destacado en otros trabajos) ni su compromiso intelectual con el liberalismo moderado auspiciado por la regente Cristina y por su hija Isabel II: la causa de las reinas, escribe Lafuente, «era además la causa de las luces, de la civilización, de la libertad» (*Ibid.* XLIV). Con toda probabilidad, su *Historia* era lo más avanzado que podía escribirse en aquellos años y éste es precisamente el mayor reproche que cabe formularle a Lafuente como historiador y a la burguesía española cuyos ideales representa. Una burguesía complaciente ante las mistificaciones feudalizantes de nuestra historiografía: con el «dogma» de que el proceso histórico está regido por la Providencia y España llamada a una «particular misión» en «el magnífico programa de la vida del mundo», de que el «carácter común» de los españoles se «mantiene inalterable a través de los siglos» en sus virtudes y en sus vicios... Tantos prejuicios del pasado impidieron a Lafuente sacar el máximo provecho a muchos de sus acertados análisis y planteamientos metodológicos: valoración de los avances legislativos y del desarrollo institucional, protagonismo popular y esbozo de una cierta conflictividad social como dinamizador del proceso histórico, progresos del laicismo y del parlamentarismo frente a la rémora del poder eclesiástico y de las tiranías de todo tipo.

No pudo por ello explicar racionalmente la caída del Imperio, sino que fue en esta temática donde más se evidencian sus desvaríos providencialistas. Llegó

³⁴ WULFF F.: «La historia de España de D. Modesto Lafuente (1850-67) y la Historia Antigua». *Homenaje al profesor Presedo*, Sevilla 1994, 863-871, 867.

el tiempo —escribe— en que Roma había cumplido su misión histórica: «La antigua sociedad iba cumpliendo el plazo que le estaba marcado (...) y tenía que morir. Era menester un grande acontecimiento que cambiara la faz del mundo y regenerara la gran familia humana. Esta obra estaba prevista: sonó la hora del cumplimiento de las profecías, y nació el cristianismo» (p. VI). Y tocó a los bárbaros acabar con el politeísmo, es decir, imponer en el mundo la verdadera fe: «¿Quién ha guiado al instrumento de la destrucción? El mismo Alarico lo reveló sin saberlo. Siento dentro de mí, decía el godo, una voz secreta que me grita: 'marcha y ve a destruir a Roma'. Era la voz de la Providencia: Alarico la sentía, pero el bárbaro no sabía su nombre» (VII). Cuando las ideas providencialistas se mezclan con las nacionalistas, las conclusiones son esperpénticas: los primeros invasores bárbaros —suevos, vándalos y alanos— no heredarán las provincias romanas de Hispania por la convincente razón de que «ni España lo merece ni Dios lo permite. Unos y otros serán arrojados por otro pueblo menos indigno que ellos de ocupar este suelo privilegiado, los visigodos» (VIII). Con argumentos similares explica el declive de éstos, aunque él mismo ya había señalado motivaciones suficientes de orden estrictamente histórico: la invasión sarracena puso fin a la dominación goda «porque nunca falta la intervención providencial, cuando una sociedad exige ser disuelta o regenerada» (X).

El trasfondo estructural de las limitaciones teórica de Lafuente, la incapacidad de la burguesía española para generar un ideología propia e imponerla a la sociedad de su tiempo, su connivencia con los grupos sociales del Antiguo Régimen y su dependencia a la postre de la burguesía europea, se ponen de manifiesto en el hecho mismo de que la obra de este liberal moderado sea el legado principal de la historiografía española del siglo XIX y principios del XX. No hubo en este largo período ninguna propuesta teórica parangonable al positivismo nacionalista de Lafuente. Cabe recordar las tesis iberistas de Patxot y Ferrer, defendidas por los sectores más progresistas y democráticos, que ponen en solfa las glorias de los godos, la unidad católica y la Reconquista pero tan sólo para encontrar las esencias no menos mistificantes de España y de los españoles en la supuesta realidad primigenia y vital de los pueblos primitivos y en particular de los iberos. Para estos historiadores, en su mayoría de talante federalista y foral, tanto la dominación romana como la visigoda son períodos de cautividad nacional y estiman por tanto la invasión árabe como una liberación que dio inicio a la recuperación ibérica³⁵.

El ideario enfrentado —unitarista y federalista— de estos autores será el rasgo más sobresaliente de nuestra historiografía hasta mediados del siglo XX y sus tópicos iberistas o goticistas serán por tanto la clave principal para entender su valoración del mundo clásico y visigodo. Las desavenencias tienen, pues, una raíz más política que académica. De hecho la Universidad española no logra salir de su tradicional marginación social, con cátedras que se vendían al mejor postor y eruditos eminentes forzados a investigar en ámbitos extrauniversitarios, a expensas propias o bajo el mecenazgo de particulares, situación que contrasta con la vitalidad de los estudios históricos, en especial de los clásicos, en

³⁵ PATXOT Y FERRER: *Anales de España*. 1857-1859, vol. III, pp. 3-4. Cf. CIRUJANO P., ELORRIA-GA T. y PEREZ J.S., *Op.cit.* 88-90.

diversos países europeos³⁶. La reforma de 1900, que puso fin a la Escuela de Diplomática y trasladó sus enseñanzas y profesorado a la Universidad, supuso un cambio poco significativo, sobre todo porque se desinteresó de las tareas investigadoras, según denunció Altamira y los intelectuales más conscientes del momento. De hecho habrá que esperar a 1909 para que se funde el Centro de Estudios Históricos y a 1911 para que el gobierno liberal de Canalejas dote la primera cátedra de Arqueología, que sería ocupada por Mérida. La historia antigua no será considerada sin embargo como área específica de enseñanza e investigación, y provista de las cátedras correspondientes, hasta 1965: entretanto esta época aparece vinculada a otros períodos o incluso a otras materias, como la propia Arqueología, la Prehistoria, la Edad Media, la Filología o la historia del Derecho³⁷.

Por otra parte, la crisis de 1898, manifestación preclara de los desfases estructurales antes mencionados, sumió a los intelectuales españoles en un profundo pesimismo que se expresó principalmente en el movimiento regeneracionista (Costa, Altamira y otros «regeneracionistas de cátedra») y también en cierta complacencia por los momentos más gloriosos de la historia: «Por una curiosa inversión de las potencias imaginativas, suele el español hacerse ilusiones sobre su pasado en vez de hacérselas sobre el porvenir, que sería más fecundo», escribe Ortega en 1922³⁸. Cabría comparar estas reacciones con las experimentadas en Alemania tras la derrota de 1918, cuando el individualismo y los valores aristocráticos del mundo clásico se convierten en bandera de las reivindicaciones nacionalistas y tradicionalistas de la intelectualidad germana contra la República democrática de Weimar. Como es sabido, sus representantes más eximios, de tendencia prusiana y conservadora en su mayoría (Wilamowitz, Meyer, Gelzer, Kossinna, W. Weber, Schulten, Schwartz, Jaeger, Premerstein...), dejarán una profunda impronta en los españoles que estudian entonces en aquel país, como fue el caso de Bosch o del propio Ortega. Una vez más la comparación pone de relieve la postración científica de España y su inevitable dependencia del exterior, en este caso de la recién derrotada Alemania. Pero es esta complejidad histórica la que explica, aunque sea en su pobreza, los rasgos de nuestra historiografía en los años que preceden a la Guerra Civil: pesimismo, añoranza y exaltación del pasado, seguidismo teórico del positivismo y del nacionalismo alemán, actitud recelosa ante el pueblo (o las masas) y sus «excesos» democráticos... El ejemplo más ilustrativo es la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal, en cuyo célebre Prólogo se propone una nueva revalidación ideológica de los más viejos mitos historiográficos, en especial la exaltación de Castilla

³⁶ Un caso ilustrativo es el de Berlanga, que renunció a la carrera universitaria porque las cátedras de Derecho Romano que salían a oposición estaban adjudicadas de antemano «por la modesta suma de mil duros cada una» y los tribunales actuaban en la arbitrariedad más impune: Cf. RODRIGUEZ OLIVA P.: «Manuel Rodríguez de Berlanga (1825-1909): notas sobre la vida y la obra de un estudioso andaluz del mundo clásico». *Historiografía*, 99-106, esp. 104. Sobre la situación europea, MOMIGLIANO A.: «The Introduction of History as an Academic Subject and its Implications». *Ottavo Contributo*, Roma 1987, 161-78.

³⁷ ALTAMIRA R.: *La enseñanza de la Historia*. Madrid 1895, 9; IDEM: «La reforma de los estudios históricos en España». *Boletín de la Inst. Libre de Enseñanza*, 35 (diciembre 1900). Cf. PASAMAR G. y PEIRO I.: «Los orígenes de la profesionalización historiográfica española sobre Prehistoria y Antigüedad (tradiciones decimonónicas e influencias europeas)». *Historiografía*, 73-77.

³⁸ ORTEGA Y GASSET J.: *España invertebrada*. Madrid 1994, 14.

como adalid espiritual de las luchas por la unificación de España y encarnación histórica de las más altas virtudes patrias. Muestra palpable de los escasos progresos realizados desde el siglo XVIII, estas limitaciones teóricas ni siquiera serán superadas, a juicio de algunos observadores críticos, por los historiadores españoles que en la reciente década de los 80 aborden la reedición de tan magna obra³⁹.

Desgraciadamente, similares consideraciones cabe hacer sobre la evolución de la historiografía más progresista que en el siglo pasado impulsaron los sectores republicanos y federalistas a los que ya hemos aludido. El mito de Castilla es aquí reemplazado por el de los pueblos primitivos de España, a los que se traslada los mismos tópicos y prejuicios interpretativos. El representante más ilustre de esta corriente es Pedro Bosch Gimpera, que durante la República y la Guerra Civil desempeñó una ingente labor como historiador, arqueólogo y responsable político de la Generalitat catalana. Sus concepción de la historia de España fue ya sintetizada en su discurso inaugural del curso universitario (Valencia, 1937), recientemente reeditado junto a otros estudios en los que Bosch siguió considerando el pasado peninsular como referencia ineludible para la construcción de una España moderna, solidaria, tolerante y federal⁴⁰. Su crítica se dirige especialmente contra la idea orteguiana de Castilla como vertebradora de España y contra Menéndez Pidal por pretender remontar estas tesis a la época romana, negando la evidente diversidad cultural de los pueblos de la Península. Pero lejos de ofrecer una alternativa científica, Bosch se limita a sustituir el mito de la unidad española por el mito federal. Así lo muestra su idea axial de que la «España verdadera» es la España primitiva, «raíz de toda la evolución ulterior», y su célebre conclusión de que tanto la dominación romana como la visigoda, por no mencionar las Monarquías modernas, son «superestructuras» extrañas y postizas que empañan la prístina vocación unitaria de los pueblos primitivos en un Estado libremente confederado. La romanización es por tanto entendida como una paralización de «la evolución natural del país» en cuanto procura la aniquilación de los pueblos y fuerza una unidad desde arriba, en beneficio exclusivo de una minoría. A pesar de la influencia que sobre el joven Bosch ejercieron Wilamowitz y otros nacionalistas germanos, no le merece un juicio mejor la «superestructura visigoda», a la que tilda de intolerante, «persiguiendo primero los arrianos a los ortodoxos, tratando luego éstos de obtener la unidad católica por la fuerza y comenzando las persecuciones de los judíos y, sobre todo, convirtiendo la jerarquía de la Iglesia en un poder político...»⁴¹.

La irracionalidad de estas interpretaciones históricas, su insensibilidad ante la cultura clásica y el secular ensimismamiento en clichés idealistas del pasado nacional sólo encuentra explicación en factores de naturaleza estructural, como

³⁹ MENÉNDEZ PIDAL R.: «Introducción» a *Historia de España* I. Madrid 1947 (1975), IX-CIII; ARCE J.: «Roma en Hispania, una Historia tópica». *Libros* 8 (julio-agosto 1982), 9-11.

⁴⁰ BOSCH GIMPERA P.: *El problema de las Españas*. Málaga 1996. El texto de la lección inaugural puede verse en las pp. 17-54. Cf. CORTADELLA J.: «La formación académica de Bosch Gimpera: de la filología griega a la protohistoria peninsular». *Historiografía*, 161-166 y DUPRÉ X. y RAFEL N.: «La política arqueológica de la Catalunya durante la República». *Ibid.*, 173-176.

⁴¹ *Op.cit.* 115. Obviamente el concepto de «superestructura» en Bosch nada tiene que ver con Marx, como maliciosamente señalaría luego Menéndez Pidal.

la ya subrayada debilidad de la burguesía española, la vinculación de la Iglesia católica al Antiguo Régimen y, en fin, la posición subsidiaria de España en el concierto de las naciones. Sin limitaciones de este género es difícil entender que investigadores excelentemente preparados y partidarios de una profunda regeneración cultural del país, no acertaran a superar los tópicos más infundados de nuestra historia y su pervivencia actual. El caso de Ortega y Gasset es significativo en este sentido, pues apenas si logró liberarse de los lugares comunes antes señalados a pesar de ser el único español que tuvo una concepción entrañable y original de la civilización clásica y pudo por ello forjar una interpretación sentida y crítica del fin del mundo antiguo.

4. EL FIN DEL IMPERIO ROMANO EN EL PENSAMIENTO DE ORTEGA Y GASSET

Ni su formación europeísta ni su concepción universal de la Historia evitaron, efectivamente, que Ortega aceptase en sus primeros escritos los parámetros provincianos de nuestra historiografía, en particular la magnificación de Castilla como artífice de España e inventora de «grandes empresas incitantes». Estas ideas ya merecieron una lúcida réplica de Bosch Gimpera, quien hizo ver cómo Castilla (o mejor, el pueblo castellano) fue no tanto la protagonista cuanto la víctima de las «superestructuras» monárquicas y unitaristas de todos los tiempos⁴². Igual de inconsistentes son otros de sus prejuicios, como el menosprecio hacia los árabes, que no fueron «un ingrediente esencial en la génesis de nuestra nacionalidad», o su explicación de tan prolongada decadencia española por la ausencia de élites: «En España lo ha hecho todo el pueblo, y lo que no ha hecho el pueblo se ha quedado sin hacer»⁴³. Pero a diferencia de los historiadores de oficio, Ortega no reproduce miméticamente estos lugares comunes, ni se sirve de ellos con la vaciedad patriótica al uso, sino que los sopesa racionalmente para extraer una lección de actualidad y modernización en aquellos difíciles años. En esta perspectiva contempla el fin de Roma y la dominación visigoda en la Península como un proceso peculiar que se llevó a cabo sin rupturas ni solución de continuidad, pues no en vano los visigodos estaban ya profundamente romanizados y había compartido con los romanos sus horas más corruptas y decadentes. Unos y otros carecían de la vitalidad de los pueblos bárbaros más jóvenes, como los francos, y a falta de una minoría selecta se muestran incapaces de crear formas sociales avanzadas de carácter señorial o feudal. Así se explica que un soplo de aire africano los barrierá de la Península y que la llamada Reconquista durara ocho siglos: «si hubiera habido feudalismo, probablemente habría habido verdadera Reconquista, como hubo en otras partes Cruzadas, ejemplos maravillosos de lujo vital, de energía superabundante, de sublime deportismo histórico»⁴⁴. Esta caquexia del feudalismo peninsular, en los años en que se forma España como nación, explicará la falta de vigor que nos aquejará en toda la Edad Media.

⁴² *España invertebrada* 39 y 48; BOSCH GIMPERA P., *Op.cit.* 21-22, 44, 90.

⁴³ *España invertebrada*, esp. 92 ss. Las frases citadas se encuentra en la pp. 95, n.1. y 108.

⁴⁴ *Ibid.* 103.

A pesar de sus destellos modernizadores, *España invertebrada* es un exponente más de las limitaciones culturales en que se sumió nuestro país desde el siglo XVIII y de la clausura intelectual en que todavía vivían sus hombres más preclaros a inicios del XX. Será poco después, coincidiendo paradójicamente con los años de su más intenso compromiso político, cuando Ortega trascienda el localismo españolista, adopte una perspectiva más ecuménica de la historia y acierte a formular sus mejores ideas sobre el mundo clásico y el desastre histórico de su final. Bajo la influencia directa de Spengler, indudablemente, pero sin menoscabo del ideario regeneracionista que siempre orientó su vida. Su absorbente admiración juvenil por la cultura griega irá dejando cada vez más espacio a una revalorización de Roma y en particular del período imperial, que a su juicio constituía el primer estrato de la historia de Europa y el «paradigma de todas las demás», «la única evolución (...) coherente y concluida que se ofrece como un todo sistemático a la curiosidad del estudioso» y «muy probablemente la realidad de mayor trascendencia hasta ahora manifiesta en la historia humana». No se trata de una contemplación meliflua de la antigüedad romana, sino cargada de sentido historicista. Ortega cree en lo que dice, aun a sabiendas —o precisamente porque sabe— que el Imperio fue también y sustancialmente un fenómeno «tremebundo y espantable (...), que parecería por completo ininteligible a quien se acerque untadas las retinas de un barniz de nociones beatíficas»⁴⁵. Tan tremebundo y espantoso como su propio tiempo: el siglo XIX sólo se interesó por la Roma republicana, la «Roma ascendente», pero el Imperio, que sobreviene con la volatización de la concordia y la *libertas*, interesa ahora mucho más porque «coincide en alguno de sus rasgos esenciales con el que ha ido adquiriendo la vida occidental desde hace treinta años (...). Y a la luz de ese nuevo presente la oscuridad de los viejos siglos imperiales se aclaraba de súbito patéticamente»⁴⁶.

Así pues, el estudio de Roma y en particular de su final le interesa a Ortega como reflexión sobre la civilización occidental: «Tal y como vamos —escribe en el «Prólogo para franceses» (1937)—, nos dirigimos en vía recta hacia el Bajo Imperio. También fue aquel un tiempo de masas y de pavorosa homogeneidad». De ahí que *La rebelión de las masas* (1930) sea el libro que mejor exprese tanto la visión orteguiana de la sociedad de su tiempo como su ilustrativo reflejo en la época decadente de la Antigüedad tardía, según hemos analizado en otro lugar⁴⁷. Ya antes había escrito —con ocasión de la publicación en la *Revista de Occidente* del estudio de Max Weber sobre la decadencia de la cultura antigua—, que incluso sin Spengler, «la situación de Europa predisponía toda mente alerta para una meditación de las decadencias. El ocaso de un enorme organismo histórico es el hecho de mayores dimensiones dramáticas que puede ofrecerse al hombre. Mayor que él, sólo sería la agonía sideral de nuestro planeta, su muerte como astro; pero a tan grande espectáculo no estamos invita-

⁴⁵ ORTEGA Y GASSET J.: «Del Imperio romano», en IDEM: *Las Atlántidas y del Imperio romano*. Madrid 1976, 101-167 (original de 1940), pp. 101-102 y 129. Sobre el clasicismo orteguiano, cf. DIEZ DEL CORRAL L.: «El mundo clásico de José Ortega y Gasset», en AA.VV., *El mundo clásico en el pensamiento español contemporáneo*. Madrid 1960, 105-134.

⁴⁶ *Del Imperio romano*, 103.

⁴⁷ FERNÁNDEZ UBIÑA J.: «La rebelión de las masas y el fin de la cultura clásica». II *Congreso andaluz de Estudios Clásicos*. Málaga 1984, vol. I, 133-139.

dos. Por eso digo que el fenecimiento de una civilización es, para el hombre, la escena más saturada de melancolía», y aún precisa poco después: «Europa siente que su impulso mengua y entrevé por vez primera el peligro de muerte. De aquí que haya surgido en todas partes, espontáneamente, el tema de las decadencias»⁴⁸. Fue seguramente Ortega el intelectual español que sacó mayor partido a la historiografía pesimista alemana y en particular a los estudios sobre la Antigüedad publicados durante la República de Weimar fuera y dentro de Alemania. De ahí su preocupación por el presente y por la suerte de las instituciones democráticas moderadas que comunistas y fascistas estaban demoliendo con el beneplácito y hasta por el supuesto bien de las masas, fueran éstas las clases bajas proletarias o las clases medias pequeñoburguesas. De Ortega y Gasset sólo cabe hacer una interpretación sesgada de carácter fascista empobreciéndolo y tergiversándolo a la manera grotesca que los propagandistas nazis hicieron de la excelente historiografía conservadora, no necesariamente antidemocrática, sobre Roma y el Imperio⁴⁹. Su idea de las masas y de las élites no es de diccionario, ni fue tampoco el suyo un tiempo de soluciones fáciles. Toda su obra merece una lectura reposada que muchos de sus detractores no han hecho. Sí la hizo Mazzarino y por eso a él debemos el juicio más ecuánime, y positivo, de nuestro filósofo, al que sitúa entre los estudiosos europeos más lúcidos y originales del fin del mundo antiguo⁵⁰. En cualquier caso, el discurso orteguiano no tuvo igual en la España de su tiempo, ni por su profunda valoración del clasicismo ni por su convencimiento de que éste todavía constituía un manantial inestimable de enseñanzas para el hombre de hoy, siquiera sea porque nos ayuda a descubrir las virtudes que no tenemos y que a la postre son las que más importan. Quizá no exagerase Américo Castro cuando vaticinaba que la influencia de Ortega se agigantaría con el paso de los años, conforme se olvide lo inesencial de cada uno, pues «desde Luis Vives no había habido en el ámbito español un pensador a tono con la plenitud de los problemas de su tiempo»⁵¹.

5. MARCELO VIGIL Y LOS REPLANTEAMIENTOS ACTUALES SOBRE EL FINAL DE LA ANTIGÜEDAD

En los primeros decenios del siglo XX el abandono oficial de la Universidad y de los estudios históricos imposibilitaron que en España se alumbrase una tesis novedosa sobre el mundo antiguo y las consecuencias culturales de su final. Por el contrario, según señalábamos anteriormente, en la *Historia* más representativa de esos años, la dirigida por M. Pidal, reaparecen intactos los mitos ancestrales de nuestra historiografía, en los que no cabía añoranza alguna por la civilización clásica. Y ya se sabe hasta qué punto el régimen fascista

⁴⁸ ORTEGA Y GASSET J.: «Sobre la muerte de Roma» (1926), en *Obras completas*, vol. II. Madrid 1966, 537-47. Para las frases citadas, pp. 537 y 538.

⁴⁹ CANFORA L.: *Intelletuali in Germania tra reazione e rivoluzione*. Bari 1979, esp. 77 ss. MAZZA M.: «Storia antica tra le due guerre», en *Estudios sobre Historia Antigua e historiografía moderna*. Vitoria 1994, 57-80.

⁵⁰ MAZZARINO S.: *El fin del mundo antiguo*. 180 ss.

⁵¹ CASTRO A.: *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*. Madrid 1983, 42.

sumió a la Universidad y a las demás instituciones culturales de España en una larga noche de miseria doctrinal y de exaltación grotesca de un pasado imperial que entonces se pretendía emular⁵². En tan prolongado período de inanidad teórica, lo más digno que podía elaborarse era una historia descriptiva, anecdótica, intrascendente e inútil, cuya huellas son todavía hoy bien visibles. Eran los años en que García y Bellido se consagraba a la elaboración de catálogos exhaustivos de las fuentes que interesaban a la Antigüedad clásica, en la confianza de que otros las analizarían después «históricamente». Pero todavía hoy estamos a la espera de esos análisis «teóricos» que en su sabia humildad científica García y Bellido nunca se decidió a emprender sobre temas que nadie conocería luego mejor que él. Su célebre indagación sobre *Bandas y guerrillas en las luchas con Roma* (1945)⁵³ venía de hecho a probar no sólo su reconocida capacidad analítica —teñida ciertamente del nacionalismo cultural a la sazón vigente—, sino también el carácter voluntario de su reclusión en tareas investigadoras de corte tipológico y formal que, aparte de su utilidad, eran las que mejor podía entender la mentalidad anticuarista y pacata de nuestra posguerra.

El joven Marcelo Vigil (1930-1986) se educó en ese tiempo de oscurantismo y de verdades absolutas, «irracionales en todas sus formulaciones», que acabarían llevándole —a él y a los mejores de su generación— al escepticismo y al «desengaño total»⁵⁴. Tuvo, sin embargo, la fortuna de templar su espíritu crítico en una excelente escuela de Filología Clásica y supo aprovechar al máximo las enseñanzas más valiosas de los pocos historiadores serios que quedaron en la Universidad (Pidal, Montero, García y Bellido...) o que siguieron investigando fuera de ella (Caro Baroja, Bosch, Albornoz...). No obstante, sin la influencia de los grandes maestros de la Antigüedad a los que conoció durante sus estancias de estudio en el extranjero (Gordon Childe, Evans, Harden, Bandinelli, Mazarino...) y el aprendizaje de metodologías realmente sólidas, en particular del materialismo histórico, su obra no hubiera podido superar el nivel positivista, anticuarista y desideologizado del que participaban entonces los especialistas españoles más avanzados⁵⁵. Convendría precisar que esta influencia europea, en particular italiana, no sólo infundió un soplo vital de teoría a la práctica investigadora y docente de Marcelo Vigil, sino que lo inmunizó también —y esto no es menos importante— contra el marxismo dogmático que comenzó a propagarse por la Universidad española conforme fenecía el control ideológico de la dictadura franquista y el Partido Comunista se consolidaba como la principal alternativa política y cultural, es decir, coincidiendo con los años en que Vigil ocupa la cátedra de Historia Antigua en la Universidad de Granada (1965-1972) y aparecen algunas de sus publicaciones más relevantes.

Si García y Bellido nunca se interesó por el Bajo Imperio, Vigil consagró prácticamente toda su vida profesional al estudio de este período en las provincias hispanas, pues ya en 1962 se propuso, junto a Barbero, encontrar una explicación lógica a la formación del feudalismo en la Península Ibérica, tarea que

⁵² PRIETO A.: «El franquisme i la Història Antiga». *L'Avenç* 18 (1979), 75-77.

⁵³ Reeditado en *Conflictos y estructuras sociales en la Hispania Antigua*. Madrid 1977, 13-60. Para una valoración de su obra histórica, cf. ARCE J.: «A. García y Bellido y los comienzos de la Historia Antigua de España». *Historiografía*, 209-211.

⁵⁴ PRESEDO F.J.: «In memoriam». *Homenaje M. Vigil Pascual*, Salamanca 1989, 11-15, p. 15.

⁵⁵ PLÁCIDO D.: «Marcelo Vigil Pascual, 1930-1986». *Estudios Clásicos* 91 (1987), 207-208.

nunca dieron por acabada pero que fructificó en varios artículos de singular originalidad y en su citado ensayo sobre *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*⁵⁶. En la Introducción a esta obra ambos describen un panorama «descorazonador» de los hábitos historiográficos de los últimos decenios y de la mezquindad intelectual y humana que aún prevalecía dentro y fuera de España: erudición acrítica y acumulativa de datos y de autores, ausencia de pensamiento científico, utilización mecánica de los modelos teóricos, ambiciones y uso espurio de los puestos académicos...⁵⁷ De hecho, en cuanto a las interpretaciones históricas previas, todavía deben tomar como punto de partida la polémica suscitada por Américo Castro en 1948 con la publicación del ya citado *España en su historia*, donde se considera la aportación islámica tan fundamental que no cabía establecer ninguna solución de continuidad entre la época anterior y la posterior a la invasión musulmana del 711: «cristianos, moros y judíos» (el subtítulo de su libro) eran para Castro los artífices de «lo español» a lo largo de la Edad Media y «la contextura cristiano-islámico-judía» perviviría en los siglos siguientes, «cuando ya no había oficialmente ni moros ni judíos en España»⁵⁸. A esta visión mistificadora respondería poco después Claudio Sánchez-Albornoz con una teoría aún más irracional y no menos patriótica, pero ya familiar en nuestra historiografía: los rasgos del «talante hispano» se remontan a un tiempo inmemorial y la misma España no es al cabo sino un «enigma histórico»⁵⁹. Esta polémica estéril y la vieja querencia por el protagonismo de Castilla en la conformación de la «sustancia» o «espíritu español», ahora renovada por Menéndez Pidal⁶⁰, eran las interpretaciones más punteras y recientes de las que habían de partir Barbero y Vigil cuando iniciaron sus indagaciones sobre la época de transición entre el esclavismo y el feudalismo. Y según ellos mismos advierten, poca ayuda podían encontrar en gran parte de la historiografía reciente, donde se vislumbraba una nueva mitología que reemplazaba miméticamente el protagonismo castellano por el de otras regiones

⁵⁶ Tres de esos artículos pueden ahora verse en su libro *Sobre los orígenes sociales de la Reconquista*. Barcelona 1974.

⁵⁷ BARBERO A. y VIGIL M.: *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*, 16 ss.

⁵⁸ CASTRO A., *Op.cit.* 601 ss.

⁵⁹ SANCHEZ-ALBORNOZ C.: *España, un enigma histórico*. Buenos Aires 1956. En la «Advertencia» que precede a su *Estudios visigóticos* (Roma 1971), Sánchez-Albornoz pide perdón por el carácter crítico de sus publicaciones, que justifica por su «fervido amor a España»: «mi devoción a mi lejana patria me ha impulsado, incluso con cólera, a discutir a algún ensayista que con sus torpes elucubraciones envenenaba la conciencia nacional española» (p. 6). Pero basta leer su excelente estudio «Ruina y extinción del municipio romano en España e instituciones que le reemplazan», incluido en esta última obra (pp. 9-147), para percatarse de hasta qué punto Sánchez-Albornoz conoce el frío proceso de feudalización, sobre todo en su aspecto legal, al margen de toda consideración amorosa hacia la vieja España.

⁶⁰ Los historiadores de segunda fila reproducían acríticamente las ideas de estos grandes maestros y hasta acentuaron su irracionalidad, como han puesto de relieve SALVATIERRA V. y CASTILLO J.C.: «La Arqueología visigoda y su reflejo en la historiografía provincial: el caso de Jaén». *Historiografía*, 197-200. Juan Goytisolo alude a ellas con singular sarcasmo en su *Reivindicación del Conde don Julián* (Madrid 1995, original de 1970): «campeones de la evidente concatenación del gene, prueba de la perduración secular de ciertos caracteres étnicos imborrables: el espíritu atraído por sus raíces a lo eterno de la casta: de vuestra indudable filiación con Túbal, hijo de Jafet y nieto de Noé: de esa línea guadianesca y soterraña que va de Sagunto y Numancia a la epopeya del Alcázar de Toledo...» (209-210).

peninsulares, elevadas ahora a la categoría de «unidades de destino en lo universal»⁶¹.

La aportación de Barbero y Vigil se limitó en esencia a desvelar la inconsistencia teórica y documental de estas interpretaciones mistificantes sobre los orígenes de España, mostrando cómo el feudalismo se conformó en el suelo peninsular siguiendo vías diferentes de desarrollo a partir de la desintegración social y política del Imperio Romano, y cómo el nuevo régimen feudal persiste hasta el siglo XIX con manifestaciones muy diversas. La elaboración de un discurso histórico racional sustentado en una lectura directa de las fuentes supuso, como resultado añadido, una explicación historiográfica del mito de la Reconquista y de la supuesta continuidad de la monarquía visigoda en el reino astur. Sea cual fuere la exactitud en el detalle con que ambos historiadores entendieron este período, suyo fue el mérito historiográfico de contemplarlo por vez primera como un proceso dialéctico de orden estrictamente social, económico, político e ideológico. Esta visión realista y desmitificadora quizá pueda explicar también su distanciamiento del clasicismo como referencia cultural para la época moderna. El mundo clásico carece de preeminencia sobre su inmediato pasado o sobre el heterogéneo mundo medieval: la historia es un *continuum* orgánico que no cabe idealizar sin tergiversación de la realidad atestiguada en las fuentes. Ni siquiera se plantearon el fin del mundo antiguo como «problema» a la manera de los ilustrados o de los humanistas alemanes, sino como un complejo proceso histórico que abocó en la formación del sistema feudal sobre las ruinas del esclavismo tardorromano⁶².

Con ellos se abre, pues, una etapa nueva en la historiografía española sobre la Antigüedad Tardía, que se caracterizará por la racionalidad discursiva y el «redescubrimiento» de temáticas apenas tratadas, pero fundamentales para la comprensión cabal de ese período, en particular la evolución doctrinal del Cristianismo y la implantación social y económica de la Iglesia. Se desvelaba así la vacuidad científica de las tres corrientes metodológicas más importantes de la historiografía española de posguerra: el idealismo patriótico —unitarista o federal— de los viejos maestros (Bosch, Castro, Albornoz...), el positivismo anticuarista que todavía hoy languidece en algunos manualistas de oficio y, en fin, el marxismo dogmático con el que una generación joven, entusiasta y democrática combatió al fascismo residual, académico y político, en los años 70. Sin embargo, atendiendo a su campo de estudio, la obra de M. Vigil constituye no tanto el principio cuanto el final de una tradición historiográfica que, con la singular excepción de Ortega y Gasset, pervivió secularmente ensimismada en sus estrechas perspectivas peninsulares. En este sentido también Marcelo Vigil fue un historiador tradicional⁶³. Sería ésta una razón más para no etiquetar mecánicamente su labor con el calificativo de marxista —a pesar de que él nunca ocultase su proximidad teórica al materialismo histórico— y menos aún relacionarla con la difusión en España de los primeros manuales soviéticos

⁶¹ BARBERO A. y VIGIL M., *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*, 20.

⁶² Un esbozo de estas tesis pueden ya verse en VIGIL M.: «La península ibérica y el final del mundo antiguo», en *Las raíces de España*, Madrid 1967, 283-301; IDEM: «Edad antigua», en *Historia de España I*, Madrid 1973, esp. 429 ss.

⁶³ Sobre la significativa inexistencia de Historia Universales escritas por españoles, cf. PASAMAR G. y PEIRO I.: *Historiografía y práctica social en España*. Zaragoza 1987, 51.

sobre Historia Antigua. Tal confusión es quizá explicable porque sus análisis aportaban innovaciones radicales que en aquellas fechas eran igualmente defendidas por los historiadores materialistas: racionalización del proceso histórico, crítica de las mistificaciones idealista y, en fin, revalorización de la historia —y del oficio de historiador— como referente ideológico en una época de crisis⁶⁴. En realidad, estas virtudes empezaron ya a despuntar en algunos estudios de García y Bellido, como el anteriormente aludido, cuya influencia es manifiesta en los primeros escritos de Vigil. Y quizá sea esta filiación académica lo que explique la excelente acogida con que fue recibido, «incluso en círculos de un conservadurismo a ultranza», su primer trabajo importante, en colaboración con A.Barbero, sobre los orígenes sociales de la Reconquista (1965)⁶⁵.

En consonancia con la pobreza teórica de nuestra tradición cultural, el compromiso académico y político de los intelectuales españoles fue en aquellos años tan escaso como estimado, sobre todo en el inquieto mundo universitario. Marcelo Vigil supo hacerlo durante sus años de docencia en Granada apelando simplemente a una historia limpia y razonable. Sus análisis de un tiempo de crisis, en el que el sistema esclavista romano sucumbía ante el impulso de nuevas y variadas formas sociales, eran la imagen especular de los cambios que los sectores más dinámicos de la Universidad auguraban para la sociedad española. Por otra parte, la conciencia de que su estudio no cubría todos los ámbitos del pasado sino que dejaba intactas facetas de gran trascendencia, el carácter hipotético de algunas de sus formulaciones y, en fin, la invitación explícita a proseguir y ampliar sus investigaciones, todo ello convertía sus enseñanzas y sus escritos en una incitación al diálogo y a la colaboración científica. Por esta razón, quienes le conocimos lo reconocemos en sus páginas, y así lo seguirán haciendo quienes se interesen en el futuro por la genealogía de las formaciones sociales tardorromanas y de sus transformaciones históricas. Pero sólo cuando esto se lleve a cabo superando el secular localismo peninsular, desde la perspectiva universal en la que ya se situó Ortega, podremos dar por iniciada una etapa nueva en la historiografía española. Es, según creo, la tarea de nuestro tiempo.

⁶⁴ BRAVO G.: «La evolución de la Historia Antigua Peninsular en el siglo XX. Ensayo Historiográfico», en *Estudios sobre Historia Antigua e historiografía moderna*, 81-93, p. 86. Cf. MORALES MOYA A.: «Sobre la historiografía actual». *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea* 4 (1983), 195-226.

⁶⁵ PRESEDO F.J.: «In memoriam». 14.